

EL SEÑOR JESÚS Y SAN BENITO⁷²

San Gregorio, al trazar el retrato de san Benito en el segundo libro de los *Diálogos*, escribe: “El varón de Dios Benito, tuvo sólo el espíritu de Aquel, que por la gracia que nos valió de la Redención llenó los corazones de todos los elegidos; de Él dice san Juan: *Era la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*”.

La similitud del Señor Jesús y de san Benito, se arraiga en lo más profundo de su ser. El Evangelio nos muestra a Jesús referido a su Padre; en su mismo ser es el Hijo que se alimenta de la voluntad del Padre y hace todo de tal manera que se vea que ama al Padre. San Benito es el varón de Dios, *Vir Dei Benedictus*, totalmente referido a Dios y esta referencia es el principio de todos sus actos. Esto es lo que se deduce de los Diálogos.

Para aquel que quiera establecer un paralelo entre Cristo y san Benito, se presentan varios caminos. El que nosotros hemos elegido consiste en tratar de ver al Señor Jesús y al padre abad Benito como lo veían sus discípulos en la vida cotidiana y, sin detenernos en los milagros, descubrir en los relatos, las actitudes, los comportamientos o los rasgos de carácter análogos.

De entre esas características agrupadas en capítulos, hemos elegido dos: por un lado, exigencia, severidad; por el otro, mansedumbre, compasión, simplicidad, disponibilidad.

EXIGENCIA, SEVERIDAD, VIVACIDAD

En Jesús

Jesús, manso y humilde de corazón, fue severo con aquellos que rechazaban la novedad del mensaje evangélico que Él venía a traer. Fue severo con los tercos irreductibles y sobre todo con los hipócritas que se complacen “en el dolo y la iniquidad”. Estos mismos vicios provocaron la cólera de san Benito: conocemos el episodio de los monjes que rogaron al varón de Dios que fuera a gobernarlos y que, muy pronto desilusionados al constatar que sus tortuosas costumbres chocaban con la rígida rectitud del santo, trataron de envenenarlo. Benito volvió inmediatamente a su soledad (cap. 3). En efecto, se puede esperar que la debilidad se fortalezca, pero la falsedad nunca tiende a la veracidad; de nada vale contemporizar con ella, hay que expulsarla y quebrarla. Citaremos algunos ejemplos de la intransigencia de Jesús y de Benito y veremos cómo su exigencia, su severidad marchan parejas con una mansedumbre igualmente grande.

Jesús es intransigente. Restaura la ley de la indisolubilidad del matrimonio sin concesiones, tanto que sus discípulos sacan la siguiente conclusión: “¡Más vale no casarse!” (*Mt 19,10*). Le propone -sin imponérselo- un ideal exigente al joven rico: “Vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme” (*Lc 18,22*). Afirma que su yugo es liviano, pero, en otra parte no adula a sus oyentes: “Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el rico entre en el Reino de Dios” (*Lc 18,25*). No permite que busquemos seguridad en la ilusión: “Ningún criado puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y al Dinero” (*Lc 16,13*). Las multitudes se sienten atraídas por la verdad y la bondad que emanan de su Persona, pero él se niega a toda demagogia, afirmando que para seguirlo hay que amarlo más que a todo, más que a todos los valores naturales, más que a su padre y a su madre, e incluso más que a su propia vida. Asombrosa

⁷² De: *Si vere Deum quaerit*, N° 57, 1980.

exigencia: ¿qué hombre podría animarse a hablar así? Y más aún: “El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío” (Lc 14,27).

A sus discípulos y a sus Apóstoles -“aquellos que el Padre le ha dado”- que son sus amigos y como hijos para él, les pide mucho. Un día que vuelven de su primera misión, deseosos de contarle todo, los lleva aparte, pero la muchedumbre los sigue y deben renunciar al descanso prometido y merecido para soportar a esa muchedumbre. Jesús se pone a enseñar y los discípulos fatigados deben escuchar una larga conferencia y luego distribuir el pan multiplicado -a cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños- y finalmente recoger los restos; y, cuando por fin esperaban encontrarse solos con Jesús para tener una reunión más íntima en el momento en que la frescura de la noche caía sobre ese día caluroso y movido, he aquí que el Maestro los *obliga* a volver a cruzar el mar mientras que él despide a la multitud para irse luego, solo, a orar a la montaña. Estos detalles son de san Marcos (6,45 ss.). Inmediatamente -*statim*, sin respiro!- obliga a sus discípulos a subir de nuevo a la barca. Pareciera rechazarlos y negarles lo que para ellos es su más grande alegría: estar con Él. Y eso no es todo; la travesía no es un paseo al claro de luna; tienen viento en contra y deben fatigarse remando. La prueba es dura, pero Jesús los ve: “Viendo que se fatigaban remando... viene hacia ellos caminando sobre el mar...”. Ellos creyeron que era un fantasma y se pusieron a gritar, pues todos le habían visto y estaban turbados. De modo que, cuando finalmente Jesús se reúne con ellos, su cercanía los asusta. Pero él les dice esa palabra consoladora que tenemos que saber escuchar cuando estamos inquietos: “Tened confianza, soy yo, no tengáis miedo. *Confidite, ego sum, nolite timere*”. Entonces sube con ellos a la barca (¡por fin!) y amaina el viento de repente. Sin embargo, los discípulos no aprovechan de esa calma luego de una jornada tan ruda: en su interior estaban estupefactos porque no habían entendido la multiplicación de los panes; su corazón estaba “obnubilado”, o “endurecido”. Para salir de ese embotamiento que les impide percibir las cosas de Dios, necesitarán la gracia de la Pasión, de la Resurrección, el don de inteligencia y de sabiduría.

Jesús conoce la debilidad de los hombres, pero llegado el momento de decir una verdad, no se permite atenuarla, aunque sea mal recibida. No son las reacciones de sus oyentes las que le dictan su conducta, sino la obediencia al designio del Padre. Antes que tolerar un equívoco o una tergiversación, prefiere perder a los discípulos que, habiendo recibido una enseñanza conveniente, no soportan la verdad. Es lo que sucede luego del discurso sobre el Pan de vida en Cafarnaúm. Muchos de sus discípulos se retiran y dejan de “andar con Él” (Jn 6,66)⁷³. “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?”, dicen. A lo largo de todo su discurso, Jesús ha percibido las murmuraciones de sus oyentes sin retirar una sola palabra de lo dicho. Sin embargo, no es tajante; explica que es necesario ser espiritual para recibir estas palabras que son espíritu y vida, y que es necesario ser atraído por el Padre para ir a Él. “Nadie puede venir a mí, si no se lo concede mi Padre” (Jn 6,65). En vez de responder: “Entonces, Señor, pídele al Padre que nos conceda ese don”, muchos lo abandonan. Distinta es la actitud de los Doce, que confían aunque no comprenden mucho más. Las exigencias de Dios son ocasiones de trasponer un umbral; todas las vidas conocen esos momentos críticos en que hay que decir que sí sin ver.

Lucas ha percibido esta intransigencia del Señor y la puso de relieve agrupando tres casos de vocación al comienzo de la gran subida a Jerusalén, inmediatamente después de ese ejemplo tan conmovedor de la modestia del Hijo del Hombre: frente a la hostilidad de los Samaritanos, sencillamente se va a otra ciudad (Lc 9,56).

Mientras iban caminando, uno dice a Jesús: “Te seguiré adondequiera que vayas”. A otro dice Jesús: “Sígueme”. Pero él responde: “Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre”. Otro le dice: “Te seguiré, Señor, pero déjame antes despedirme de los de mi casa”.

Tanto al que Él llama, como a los que van a Él con una buena voluntad ilimitada o condicional, Jesús les muestra las exigencias de la *sequela Christi* (vivir en el seguimiento de Cristo): “Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza”. “Deja que los muertos entierren a sus muertos”. “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es

⁷³ Observar la semejanza de la expresión *Andar con Jesús* con la del Antiguo Testamento *Caminar con Dios*.

apto para el Reino de Dios”. Estas tres respuestas son breves, sin dureza pero categóricas. ¡Dichoso el que puede recibir y amar la verdad sin disfraz!

Esta bella secuencia se ubica en la subida de Jesús a Jerusalén: es un cortejo en marcha; Jesús va adelante y nada lo detiene. Los que Dios llama a unirse a él, no deben retrasarse⁷⁴.

¿Cuál es la razón profunda de estas exigencias que nos obligan a llegar hasta el límite de nuestras posibilidades? Se deduce de la misma misión de Jesús. Estas exigencias son indispensables para la unión entre Él y nosotros que Él desea. Cualquier veleidad que pretendiera evadirlas, sería una tontería y destruiría aquello en lo que consiste nuestra grandeza y nuestra Felicidad.

Jesús vino para la cruz. No hay duda de que sus pensamientos son pensamientos de paz, pero la injusticia del “mundo” (en el sentido joánico) no podía tolerar su rectitud y era inevitable un combate a muerte: “No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre” (Mt 10,34). Y en otra parte: “¿Pensáis que he venido para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división” (Lc 12,51).

La tensión interior de Cristo, se comunica a todos los cristianos, la ley de la cabeza es la ley de los miembros; ellos también están comprometidos en esa pendiente ineluctable que condujo a Cristo, sin rodeos, hasta el cumplimiento de su misión. En efecto, inmediatamente antes de la palabra que hemos anotado más arriba: “¿Pensáis que he venido a dar paz a la tierra?...”, Jesús había dicho: “Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!” (Lc 12,50). He aquí la exigencia interior que fue el hilo conductor de su vida. Vino para eso, lo sabe bien. También en Jn 12,27, el día de Ramos, Jesús dice: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo. El que me sirva, que me siga. Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12,23-27). Hay que comparar esta última frase con la de Lucas: “Con un bautismo tengo que ser bautizado”. La misma necesidad, la misma angustia. En los dos casos. Jesús asocia a sus discípulos a su combate interior. Esta comparación no sólo es la consecuencia de una comunidad de doctrina entre Juan y Lucas. La encontramos en la misma enseñanza de Cristo, y se repite en muchas oportunidades: “El discípulo no está por encima del maestro. Todo el que esté bien formado, será como su maestro” (Lc 6,40)⁷⁵. De la necesidad del discípulo de reproducir la imagen y el destino de su maestro, se deduce la imposibilidad de tener dos señores. Queda una sola actitud posible: desapegarse de todo -apegarse a Jesús- llevando la cruz. Estas tres cosas están ligadas, necesariamente, y la enseñanza es para todos: “Caminaba con él mucha gente, y volviéndose les dijo: “Si alguno viene donde mí y no odia⁷⁶ a su padre, y a su madre, y a su mujer, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí no puede ser discípulo mío” (Lc 14,25-27).

Los elementos de la *sequela Christi* están aquí clara y vigorosamente presentados, condensados en las dos expresiones: *Venire ad* y *venire post*. Comenzamos por ir a Jesús (*venire ad*): una vez que hemos sido atraídos, nos acercamos, lo vemos. Luego debemos caminar detrás de Él (*venire post*), que es la segunda etapa más larga y más penosa; se ve a Jesús solamente de espalda y la cruz pesa.

Siguen los ejemplos del hombre que quiere edificar una torre y del rey que parte para la guerra: ambos deben calcular y proveerse de los medios apropiados a su empresa. “*Sic ergo omnis ex vobis*. Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a *todos* sus bienes, no puede ser discípulo mío”. Esta conclusión suena como una clarinada. San Benito utiliza fórmulas semejantes, sin escapatoria posible, cuando quiere inculcar un principio.

⁷⁴ Este llamado a dejar todo, inmediatamente, jalona también nuestras vidas y nuestros días. Si estamos atentos y lo percibimos, puede transformar una vida opaca y mediocre en una aventura de amor.

⁷⁵ Cf. Mt 10,24-25; Jn 13,16; 15,20.

⁷⁶ Hebraísmo por “amar menos” o “desapegarse”.

Mt 10,38 registra la misma enseñanza, pero esta vez dirigida a los Doce, al final del discurso sobre la evangelización y las persecuciones: “El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí” Jesús insiste en la doctrina de la cruz esencial, y dura de oír. Habla de ella por primera vez luego de la confesión de Pedro en Cesarea: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo” Después de haber felicitado a Pedro por esta inspiración recibida del Padre, prosigue: “es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho.”. Y esto lo decía abiertamente. Se comprende el asombro de los Doce. Efectivamente, Pedro no puede soportar la perspectiva del sufrimiento redentor -él que más tarde lo enseñará tan bien por medio de sus escritos y de su ejemplo. Marcos describe su reacción: toma a Jesús aparte y lo reprende vivamente por estas palabras. Inmediatamente Jesús se da vuelta, ve a sus discípulos: entonces él también reprende vivamente a Pedro, pero no en privado sino delante de todos: “¡Quítate de mi vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios”⁷⁷. La reacción de Jesús es viva, severa.

Señalemos algunos puntos más a propósito de las exigencias de Jesús; ese consejo tan insistente pero que hay que saber leer: Si tu mano, tu pie, tu ojo, te es ocasión de pecado, córtatelo, sácatelo (*Mc* 9,43-47). ¿Por qué? Para entrar, a cualquier precio, en la vida; porque hay que saber tomar el Reino por la fuerza; sólo los violentos se apoderan de él. Y Marcos concluye con esta enigmática palabra: “Todos han de ser salados con fuego” (la *Vulgata* agrega: “toda víctima será salada con sal”)⁷⁸.

En Benito

Encontramos en el varón de Dios, Benito, rasgos parecidos de intransigencia, severidad y vivacidad. Ya los superlativos de la Regla nos lo hacen sentir: nadie debe tener nada propio, absolutamente nada, *nullam omnino rem* (*cap.* 33); las palabras ociosas y burlonas son excluidas a perpetuidad, etc. (*cap.* 6); se exigen ciertas actitudes absolutas, ya sea con respecto a la obediencia, a la humildad, a la pobreza, al cuidado en el oficio divino, a la solicitud con los enfermos, etc... “Nada de mediocridad”: éste fue el testamento espiritual de Dom Romain Banquet, que vivió más de sesenta años bajo la Regla.

Abramos los *Diálogos*. El capítulo 12 narra la historia de dos hermanos que, contrariando la Regla, han comido afuera. Vuelven bastante tarde y piden al Padre su bendición. “¿En dónde habéis comido?” les pregunta enseguida. Los hermanos agregan una mentira a su desobediencia: “En ninguna parte”. Ahora bien, Benito sabía todo, hasta la cantidad de vasos de vino bebidos y captamos una cierta vehemencia en las pruebas que les da de su mentira. Pero los hermanos se postran temblando a sus pies y él inmediatamente les perdona su falta. Benito es rápido para discernir y expulsar el mal, pero también es rápido para perdonar cuando el mal ha sido extirpado. No se extiende en reproches interminables como aquellos que han sido heridos en sus esperanzas o en su amor propio. Justamente porque está liberado de sus pasiones, puede ser riguroso.

A veces Benito recurre a los castigos corporales comunes en su época. Así actúa con aquel monje que, una vez terminado el oficio divino, salía y vagaba incapaz de aplicarse a la oración. Vio que era juguete del diablo (que en forma de “negrito” lo arrastraba tirando de sus vestidos). Para curar la ceguera de su corazón, lo golpeó con una vara, y el hermano, liberado, permaneció estable en la oración (*cap.* 4). San Benito parece no inmutarse; actúa tranquilamente, con su fuerza paternal.

En otras circunstancias, san Gregorio observa en él cierta emoción. Por ejemplo, cuando Mauro, su discípulo preferido, se alegra con la muerte de Florencio, el enemigo de Benito. “El varón de Dios Benito, prorrumpió en grandes sollozos, tanto porque había muerto su adversario, como porque el discípulo se había alegrado de su muerte. Razón por la cual impuso una penitencia al discípulo porque al darle noticia de lo ocurrido, había osado alegrarse de la muerte del perseguidor” (*cap.* 8).

⁷⁷ “Los amigos tibios de la cruz de Jesús, no saben que se encuentran con Satanás” (P. Lavaud).

⁷⁸ El Levítico prescribe que toda ofrenda sea salada (Lv. 2,13).

Una noche, Benito había sido retrasado por sus ocupaciones y toma su refección tarde, después que los hermanos, y un monje, hijo de un funcionario le sostiene la lámpara junto a la mesa. Mientras el varón de Dios cena, el espíritu de soberbia inspira al hermano secretos pensamientos: “¿Quién es éste a quien yo asisto mientras come, y le sostengo la lámpara?... ¿Quién soy yo para servir a éste?”. El santo Abad, volviéndose hacia él empezó a reprimirlo con vehemencia: “Traza una cruz, hermano, sobre tu corazón. ¿Qué estás diciendo? Haz una cruz sobre tu corazón”. Y llamando *inmediatamente* a los hermanos, ordenó que le *quitaran* la lámpara de las manos; en cuanto al monje, le mandó dejar enseguida su oficio y sentarse para recobrar la calma, (cap. 20). Benito podría haber terminado su refección y llamar luego al monje, para mantener la paz del monasterio, pero no puede soportar que los pensamientos soberbios carcoman el corazón de su hijo.

En una oportunidad en que la falta de alimentos afligía la Campania, y en que el varón de Dios ya había distribuido todas las provisiones del monasterio a los necesitados, hasta tal punto que apenas quedaba un poco de aceite en una vasija de cristal, un tal Agapito llegó pidiendo que le diesen un poco de aceite. “El varón de Dios, que se había propuesto darlo todo en la tierra, para encontrarlo todo en el cielo, ordenó se diera al indigente el poco aceite que quedaba. Pero el celerario difirió cumplir la orden. Cuando lo supo el santo, *airado* mandó a otros que arrojasen por la ventana la vasija de cristal, en la que aún había un poco de aceite, para que no se guardase en el monasterio nada contra la obediencia”. No tiene miedo de despilfarrar incluso en un momento de hambre. “Si tu mano te es ocasión de pecado...”. Los hermanos arrojan la vasija de cristal en un gran precipicio erizado de rocas enormes, pero quedó intacta. Entonces, a riesgo de romperse la cabeza, deben ir a buscarla según la orden del Abad, para dársela a Agapito. El monje desobediente, que aunque más no sea, se había retrasado en obedecer, es reprendido en presencia de todos por su falta de fe y su soberbia⁷⁹.

Luego Benito se pone a orar, y de repente la tapa de un barril vacío que había allí comienza a levantarse a causa del aceite que sube, se desborda e inunda el pavimento del lugar donde los hermanos están postrados. Al darse cuenta. Benito cesa inmediatamente de orar y el aceite cesa de fluir. Entonces amonesta con mayor insistencia, delante de todos, al hermano desconfiado y desobediente. El monje, conmovido, se avergüenza; el objetivo ha sido alcanzado, el hermano está curado de su falta de confianza y de humildad, doble vicio tan profundo y tenaz que fue necesario un tratamiento enérgico y prolongado por parte del padre espiritual.

La severidad, la intransigencia que percibimos en san Benito, a imitación de su Maestro, indican la tensión de un ser que no transige con su medio, y que no acepta compromisos. Sin embargo, la intransigencia puede convertirse en dureza (y entonces a menudo corre el riesgo de fracasar en su objetivo); pero también puede estar equilibrada por la mansedumbre y la humildad. Y esto es lo que constataremos en el Señor Jesucristo y en su siervo Benito.

LA MANSEDUMBRE

En Jesús

Jesús enseñó y practicó hasta la muerte la mansedumbre perfecta, que es signo de su fortaleza y de su caridad, esa mansedumbre que llega hasta el perdón de los enemigos. Algunas páginas del Evangelio ponen de relieve esta mansedumbre del Maestro.

Al centurión de Cafarnaúm que le suplica por su criado enfermo (*Mt 8,7*), Jesús le responde: “Yo iré a curarlo *-ego veniam et curabo eum-*”, sin frases, sin amaneramiento, sino con buena voluntad y muy sencillamente: Jesús está siempre disponible. Y es el mismo centurión quien le pide que no se moleste. Observemos de paso qué provechoso es meditar las frases cortas de Jesús, para gustar su simplicidad y su plenitud y aprender de Él el arte del silencio y de la palabra. Lucas (7,6) también narra este

⁷⁹ Admiramos la salud de estos monjes que soportan las reprensiones públicas, siguiendo el ejemplo de Pedro, jefe del colegio apostólico, reprendido por Jesús delante de todos.

episodio. En este caso los que interceden por el centurión son algunos Judíos. Jesús no responde nada pero va con ellos.

Mateo (9,19) muestra la misma disponibilidad ante el pedido de Jairo, cuya hijita acaba de morir: “Jesús se levantó y le siguió junto con sus discípulos”.

El Señor es verdaderamente el “Servidor”. Viviendo y obedeciendo de esta manera, aquellos que quieren ser sus discípulos se preparan a seguirlo hasta el final de su Pasión; y en esa simplicidad debe desarrollarse la vida monástica, tomando por guía al Evangelio *-per ducatum Evangelii-*.

Asimismo Jesús se presenta como *el Servidor* cuando lava los pies a los Apóstoles. Juan (13,1 ss.) describe sus gestos manifestando simultáneamente el contraste y la continuidad entre su majestad y su humildad. “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre,... durante la cena... sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita el manto... y se puso a lavar los pies de los discípulos...”.

Jesús está siempre dispuesto a molestarse porque siempre está dispuesto a compadecerse. La versión latina emplea para calificarlo la palabra “*sollicitus*”, difícil de traducir si no es con una perífrasis: pronto a conmoverse, amorosamente atento, activo en procurar el bien del prójimo. El egoísmo, por el contrario, hace impermeable frente a la desgracia de los demás. Así es como Jesús se conmueve frente a la viuda de Naim que no le pide nada. Tiene piedad de la multitud, cuya ignorancia y cuyas miserias físicas y morales percibe antes de multiplicar los panes,

De este episodio tenemos los tres relatos sinópticos; el de Lucas es quizás el más hermoso; en todo caso, es el más sobrio y el más elegante.

“Cuando los Apóstoles regresaron (de una primera misión), le contaron todo cuanto habían hecho Y él, tomándolos consigo, se retiró aparte, hacia una ciudad llamada Betsaida. Pero las gentes lo supieron, y le siguieron; y él, *acogiéndolas*, les hablaba acerca del Reino de Dios, y *curaba* a los que tenían necesidad de ser curados⁸⁰. Pero el día había comenzado a declinar, y acercándose los Doce le dijeron: Despide a la gente para que vayan a los pueblos y aldeas del contorno y busquen alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar solitario...” (Lc 9,10 ss.). Jesús responde con sobriedad y precisión a la intervención y a las objeciones de los Apóstoles y, finalmente, todos comieron hasta saciarse; Jesús dio a la multitud todo lo que necesitaba, discretamente y sin hacerse notar⁸¹. Al considerar la perfección de este comportamiento, adivinamos algo de la humanidad de Jesús, perfecta por naturaleza y por la gracia: madurez, dominio, equilibrio.

Marcos (6,31) relata el mismo episodio, con detalles propios de los recuerdos de Pedro: recalca en primer lugar, la necesidad de los Apóstoles de soledad y descanso porque el ir y venir de la multitud era tal que no tenían ni tiempo de comer. Jesús los lleva aparte para que se repongan un poco, pero la multitud los sigue y Jesús, compadeciéndose porque eran como ovejas sin pastor, se pone a instruirlos extensamente. Su solicitud se extiende a todos: a sus discípulos, cuyo deseo de soledad y descanso comprende, y a los extraños -la multitud- cuyas necesidades también discierne. En la segunda multiplicación de los panes, Marcos (8,2) refiere las palabras de Jesús: “Me da lástima esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Si los despido en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos”.

En dos oportunidades nos muestra el Evangelio a Jesús con los niños. Una vez que los Apóstoles discutían sobre quién era el más grande, Jesús toma un niño, lo pone en medio de ellos, lo abraza y dice: “El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba, no me recibe a mí sino al que me envió” (Mc 9,33-37).

⁸⁰ Mt 14,13, *Vio una gran multitud, tuvo piedad de ella, curó a los enfermos.*

⁸¹ Después de lo cual, Jesús huyó, solo, a la montaña.

En otra parte, los discípulos se molestan al ver que algunas mujeres presentan a Jesús sus niñitos “para que los toque”. ¡Bastante tiene que hacer como para perder el tiempo en esas chiquilinas! Pero Jesús, observa san Marcos, lo ve y dice: “Dejad a los niños que vengan a mí...”. En vez de tratar ásperamente a ese chiquillerío, hay que tomarse el tiempo de mirar a los niños, admirarlos, imitar su simplicidad y su candor. Jesús se toma ese tiempo: abraza a los niños, les impone las manos, los bendice; sin embargo no se retrasa, “sigue su camino” (*Mt 19,15*). Siempre es así, Jesús va cada vez más adelante, hasta alcanzar ese bautismo con el que debe ser bautizado.

En algunas circunstancias, la mansedumbre de Jesús es todavía más notable: cuando se manifiesta en las correcciones. Así, a Marta, agitada, le dice simplemente: “Marta, Marta, te inquietas por muchas cosas, y una sola es necesaria” (*Lc 10,41*). Es apenas una reprensión; pero sobre todo, Jesús, simultáneamente, le abre otra perspectiva mucho más alta que la de su abnegación natural.

Asimismo, en *Lc 10,17* los setenta y dos vuelven alegres de su primera misión: “¡Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre!” Jesús lo acepta, pero les indica una alegría más elevada: “Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos”. Nuestra alegría debe referirse, no a los demonios ni a nosotros mismos, sino solamente a Dios.

Un relato muy bello de Lucas (9,51-56), recalca al mismo tiempo la extraordinaria fortaleza de Jesús y su mansedumbre: “Como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí” (como Yahvéh había enviado a los profetas). “Estos fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan (“Los hijos del trueno”), dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?”. Pero volviéndose, les reprendió. Algunos textos agregan: “No sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del hombre no ha venido a perder las almas de los hombres sino a salvarlas”. Y se fueron a otro pueblo, con modestia y sin mal humor.

Todo el misterio de Jesús reside en eso, en la majestad y la humildad del Hijo del hombre. Tomando resueltamente el camino que lo conduce a la muerte, descarta mansamente las proposiciones de sus discípulos en vistas a un triunfo humano, intentando una vez más abrirles los ojos sobre la realidad de ese mesianismo humilde y sufriente querido por el Padre. Hay muchos otros ejemplos hasta la noche de la octava de Pascua. Jesús vuelve a ver a sus Apóstoles y Tomás, que en el encuentro anterior estaba ausente, no había creído a los discípulos: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos..., no creeré”. Jesús conoce secretamente la incredulidad de Tomás y se la reprocha con discreción y mansedumbre, prestándose a sus exigencias: “Acerca tu dedo y aquí tienes mis manos... y no seas incrédulo sino creyente. ... Dichosos los que aun no viendo creen” (*Jn 20,24 ss.*).

En Benito

Jesús nunca reprende para confundir, para regañar, sino que aprovecha las caídas para llevar a las personas más alto y más lejos. Observamos esta misma discreción en san Benito, y esa misma preocupación pedagógica, cuando se entera de las faltas ocultas de sus discípulos. Reprende para enderezar y educar, ya sea con vivacidad o con mansedumbre, adaptándose a cada uno y no por pasión. Hay numerosos ejemplos de esto.

“Una vez, Exhilarato fue enviado por su señor al varón de Dios para llevar al monasterio dos vasijas de madera, llenas de vino. De ellas presentó sólo una, y la otra la escondió yendo por el camino. Pero el varón de Dios, a quien no podía ocultarse lo que se hacía a distancia, recibió la una dando las gracias, y al descender el criado, le advirtió diciendo: “Mira, hijo, no bebas ya de aquel barril que escondiste, sino inclínalo con precaución y verás lo que contiene”. Sumamente confuso salió el siervo de la presencia del hombre de Dios. Y de regreso, queriendo todavía cerciorarse de lo que había oído,

inclinando el frasco, salió de él al punto una serpiente. Entonces el joven Exhilarato, a vista de lo que encontró en el vino, concibió un gran horror de la falta cometida” (*Diálogos*, cap. 8).

San Benito; presentado como un patriarca severo, a ejemplo del Señor Jesucristo está lleno de compasión y de dulzura. Dice san Gregorio que a la edad en que los niños piensan sobre todo en sí mismos, él es “piadoso y compasivo”, se preocupa por consolar. Un día su nodriza que lo había seguido a la soledad, rompe una criba que le habían prestado. “Benito, joven piadoso y compasivo, viendo llorar a su nodriza compadecido de su dolor, llevando consigo los dos pedazos de la criba rota, dióse a la oración con lágrimas; y al levantarse encontró junto a él el recipiente tan entero, que no hubiera podido notarse en él señal alguna de rotura. En seguida, consolando dulcemente a su nodriza, le devolvió entera la criba que se había llevado rota” (cap. 1).

Más tarde, cuando tiene que guiar a sus monjes, acoge y comprende sus necesidades. Un grupo vive en un monasterio que no tiene pozo. Los hermanos van a pedirle a Benito que cambie de lugar el monasterio, porque les resulta muy penoso descender todos los días a sacar agua del lago. Benito no los trata ásperamente, y los despide luego de haberlos consolado dulcemente, sin adoptar sin embargo su propuesta. Pero “aquella misma noche, subió a la cumbre que formaban los peñascos del monte, con el niño llamado Plácido, y oró largo tiempo. Concluida la oración, puso como señal en aquel mismo lugar tres piedras y, sin que lo supiera nadie, tornóse al monasterio. Cuando al día siguiente volvieron a él los hermanos mencionados a significarle una vez más la falta de agua, no les reprocha su insistencia sino que les dice simplemente: “Id y horadad un poco aquella roca en donde encontréis tres piedras puestas una sobre otra. Porque puede el Dios Todopoderoso hacer manar agua aun en la cima de este monte, para evitaros el trabajo de un tan largo camino. Fueron, pues, y encontraron la roca que les había dicho Benito, ya rezumando...” (cap. 5).

Un día le envían un pan envenenado; él no se engaña; sin embargo, lo agradece cortésmente (cap. 8). Totila, el rey goda, fue a verlo; pero de repente, al llegar, asustado, no se anima a acercarse y se postra en tierra. “El varón de Dios le dijo dos o tres veces que se levantara, pero no osaba hacerlo”. Totila comprende que se encuentra delante de alguien más grande que él, Entonces Benito, siervo de Jesucristo -éste es tu título- “dignóse acercarse por sí mismo al rey que permanecía postrado; le levantó del suelo y le reprendió por sus desafueros, y en pocas palabras le anunció de antemano todas las cosas que habían de sucederle” (cap. 15). La grandeza y la simplicidad de esta escena son dignas del Evangelio

En una oportunidad en que el hambre asolaba la región de Campania, faltó el pan en el monasterio. A la hora de la refección, sólo quedaban cinco panes para la comunidad. Benito no amonesta a los hermanos inquietos con dureza. San Gregorio describe su actitud con una frase admirable: “Viéndolos el venerable padre contristado, trató de corregir con suave reprensión su pusilanimidad y animarles después con esta promesa, diciendo: ¿Por qué se contrista vuestro corazón por la falta de pan? Hoy ciertamente hay poco, pero mañana lo tendréis en abundancia” (cap. 21). Ni una palabra de más: éste es el estilo que conviene a los monjes. Esta breve anécdota dice mucho acerca de san Benito. En primer lugar, sobre su realismo. Ve a los hermanos abatidos; en efecto, es indispensable percibir objetivamente la realidad de una situación para brindar a los demás lo que necesitan; luego trata de levantar su ánimo temeroso, o quizás su falta de espíritu de fe, a la par que les devuelve coraje con una promesa: “¿Por qué se contrista vuestro corazón por la falta de pan?” (el pan, el corazón: esto basta para hacerlos reflexionar). “Hoy ciertamente hay poco, pero mañana lo tendréis en abundancia”. Y la profecía se cumple: “se encontraron doscientos celemines de harina en unos costales, a la puerta del monasterio, sin que hasta ahora se haya podido averiguar de quiénes se valió el Todopoderoso para llevarlos allí. Al ver esto los hermanos, dando gracias a Dios, aprendieron a no dudar ya de la abundancia, incluso en tiempo de escasez” (cap. 21).

Otra vez, narra san Gregorio, acude a Benito un hombre muy honesto, apremiado por su acreedor. El santo lo acoge como acoge a sus hijos, con bondad y autoridad. A lo largo de los siglos esta actitud se repite en los grandes abades: un Pedro el Venerable en el s. XII, o un Dom Sortais en el s. XX, sin hablar de Dom Guéranger o del P. Muard. El venerable Abad le responde que no posee la suma

requerida: es tan pobre como aquel hombre; sin embargo lo consuela en este aprieto con palabras amables y agrega: “Ve y dentro de dos días vuelve otra vez...”, sin prometerle nada preciso. “Pero durante esos dos días estuvo ocupado en la oración... y al tercer día se encontraron inesperadamente trece monedas de oro en el monasterio” (cap. 27).

Siguiendo el ejemplo de Jesús, Benito está disponible. Esta actitud es una consecuencia del olvido de sí: cuando las fuerzas no están acaparadas por el desorden interior, el espíritu es libre para discernir la realidad y el corazón está libre para darse. Este buen orden y esta disponibilidad de las fuerzas, explican las asombrosas realizaciones de los santos: sus potencias están dirigidas a Dios y están movidas por la gracia y por el Espíritu Santo.

He aquí otro ejemplo de esta disponibilidad simple y espontánea: había en un monasterio vecino, un monjecito vagabundo que a la hora de la oración, se iba afuera; a pesar de las amonestaciones de su superior, siempre volvía a caer en esta manía. El superior informa al Siervo de Dios. “Yo iré, responde en seguida, y lo corregiré personalmente” (cap. 4). Yo iré a curarlo, había dicho Jesús al centurión. En este asunto, Benito había discernido inmediatamente la acción del antiguo enemigo. Volvemos a encontrar a este antiguo enemigo otra vez, en un monasterio en construcción, sentado sobre una piedra: imposible moverla. Adivinando la causa de esta dificultad, los hermanos mandan buscar al varón de Dios y “él llegó en seguida, y haciendo oración, impartió la bendición, y al punto levantaron la piedra con tanta rapidez cual si no hubiese tenido antes peso alguno” (cap. 9). El siervo de Dios adhiere a la voluntad del Padre con todo su ser, y por eso se le da el poder de resolver las dificultades en forma expeditiva y cómoda.

Un ídolo encontrado en la tierra, fue arrojado a la cocina y de repente parece salir fuego. Los hermanos hacen gran estrépito al arrojar agua. Atraído por el vocerío el varón de Dios acude al lugar. No ve ningún fuego. Inclina la cabeza para orar... y los hermanos vuelven a la visión de la realidad (cap. 10).

Asimismo, cuando un monje godo deja caer en el lago su hoz, Benito, prevenido, sin vacilar y muy calmo, acude al lugar y repara el daño.

Benito está siempre dispuesto a molestar, pero también sabe ayudar sin estar presente, como en otro lugar relata san Gregorio (cap. 22), siguiendo el ejemplo de Jesús, que a veces se desplaza y otras veces no, siempre con la misma libertad.

CONCLUSIÓN

Podríamos proseguir la comparación y contemplar a Jesús y a Benito, solos o con sus discípulos, observar su autoridad, su grandeza y al mismo tiempo, su sensibilidad, su necesidad de confianza; o incluso podríamos discernir en uno y otro el signo de contradicción, seguir su lucha contra Satanás y sobre todo su impulso al cielo. Podemos reconocer siempre los rasgos de Jesús en el rostro de Benito, porque estaba entregado hasta tal punto a Cristo, que el Espíritu de Jesús tenía plena libertad para modelarlo y moverlo. Por eso la Iglesia, el día de su fiesta, nos hace orar en estos términos:

Oh Dios, que llenaste con el Espíritu de tu Hijo al bienaventurado Abad Benito, para que fuera un admirable maestro de perfección evangélica, concédenos a los que celebramos su ilustre tránsito al cielo, apresuramos a llegar a las cimas del amor y de la gloria.

Deus qui beatum Benedictum Abbatem, Filii tui spiritu repletum, insignem fecisti perfectionis evangelicae praeceptorem, concede nobis, ut ejus ad coelos transitum recolentes, ad caritatis gloriaeque culmina festinemus.

Ozon – Francia